

Por Manuel Tapia Becerra

El día 11 de marzo pasado, allá en las cumbres de nuestras colinas literarias, dos titos robles, hasta ayer enhiestos, caían definitivamente, con resonancias de campanas echadas al vuelo, tristes ante lo irreparable. Habían muerto Manuel Rojas Sepúlveda y Benjamín Subercaseaux Zañartu.

"Hijo de Ladrón" y "Jimmy Button" se habían quedado en la orfandad literaria, pero, por los designios de la ley de la herencia, entraban también en la inmortalidad.

Estos gigantes de las letras chilenas y americanas habían llegado a este mundo desde muy distintos ámbitos sociales. Desde los lindes mismos de la pobreza extrema, Rojas. Desde las más aristocráticas cunas criollas Subercaseaux. Semejantes el uno al otro en sus rebeldías contra la injusticia humana y contra los cánones preestablecidos y anacrónicos. Diferentes absolutamente en cuanto a formación educacional y ascendencial. Gemelos por su contemporaneidad y profesión.

Desde el día mismo del fallecimiento de ambos, ocurrido con pocas horas (6) de diferencia, se ha estado hablando y escribiendo sobre ellos en términos de homenaje, en forma continuada. No es del caso, entonces, continuar escribiendo panegíricos coincidentes, sobre sus cualidades intelectuales o sus merecimientos, que son muchos.

A través de esta crónica tratamos de destacar únicamente los aspectos humanos, y lo haremos solamente sobre Manuel Rojas. Sobre Subercaseaux lo haremos en próxima colaboración.

Manuel Rojas era un hombre de aquellos a quienes el título de "DON" les viene como de medida. Y don Manuel Rojas se lo merecía plenamente. Alto, enhiesto, recio física y psíquicamente, su macizo cuerpo atlético, sin obesidad, coronado por una cabeza de blanca cabellera, tupida y bien cuidada; su metro y 95 centímetros de altura, su ancho pecho y su rostro sereno, con un suave aspecto de lejanías, le daban la apariencia a una estatua griega. Al observar su recia estructura física y su tremenda calidad humana se diría que Rojas jamás

conoció la pobreza ni el hambre. ¡Y cuán distinta fue su realidad, especialmente en su infancia! El mismo lo confesaba, sin reticencias.

Tuvimos la suerte de conocerlo y tratarlo íntimamente en los ambientes culturales de provincias, que él visitaba continuamente.

Su vida fue una sola aventura inmensa, de principio a fin. Familiarmente solo y cruelmente autodidacto, organizó y estructuró su personalidad, humana primero, luego cultural e intelectual, con acerada voluntad. Así escaló, uno a uno los resbaladizos peldaños de la fama intelectual ante el mundo de las letras. Sus libros hoy están traducidos a los principales idiomas de Europa y de Asia. En los días de su muerte se le traducen al idioma búlgaro en la ciudad de Sofía, con el mérito de obras maestras. Obtuvo en Chile el Premio Nacional de Literatura en 1957. Fue declarado ciudadano ilustre de la ciudad de Valparaíso, escenario de sus "Lanchas en la Bahía" en 1958, y luego invitado especial del Departamento de Estado de los EE. UU. donde desempeñó la cátedra de español.

¡Cómo luchó Manuel Rojas para elevarse a las cumbres del intelecto, y para constreñir en su pluma las chúcaras variaciones gramaticales y académicas de nuestro idioma, para llegar hasta la docencia en las Universidades norteamericanas! Es sencillamente admirable, tratándose además, de un autodidacto, sin formación universitaria. Por esto me asalta una vez un ataque de justicia para él. Si, para "DON" Manuel Rojas Sepúlveda.

En una fotografía que guardamos aparece Rojas en la colchaguina ciudad de San Fernando, en el año 1960, asistiendo a la inauguración de la Biblioteca de la Escuela Cárcel de aquella ciudad, que en su honor, lleva su nombre.

Con su sencillez característica llegó a San Fernando, con su esposa y algunos cajones de libros para enriquecer la Biblioteca "Manuel Rojas", fundada por los reclusos.

La palabra de Manuel Rojas, en la tertulia

que siguió al acto inaugural, fue sencilla, amable y pulcra. Elocuente sin complicaciones idiomáticas ni doctoralismo a académicos, como era su estilo. Ni una palabra de más ni una de menos. Siempre la palabra y el giro estrictamente necesarios. Se le escuchaba con placer.

Con su autoeducación, su talento y su genio literario recorrió el mundo en varias trayectorias. Conoció muy bien nuestro mar y nuestra cordillera, que fueran sus amigos y maestros, en variados aspectos de su vida y de su obra. Conoció nuestra sufrida clase trabajadora, hasta en sus más recónditas simas. Convivió con ella sus desventuras y asistió a sus mas duras experiencias, sin claudicar jamás de sus ideales. Fue militante activo del Partido Socialista y desde allí luchó bravamente por sus hermanos de clase.

Su último viaje, su viaje hacia el más Allá lo inició el día 11 de Marzo, muy de madrugada, seguramente en busca de su última y definitiva "Punta de Rieles", como en su obra.

Había nacido en Buenos Aires el 8 de Marzo de 1896, hijo de padres chilenos, pero oportunamente nacionalizado en Chile. Murió en Santiago el 11 de Marzo del presente año, a los 77 años de edad, víctima de grave enfermedad, que habla roído su estructura, como el gusano roe a los robles y los destruye.

Profundo investigador de la vida del pueblo, conoció su drama en toda su intensidad. El minero, el marino, el arriero cordillerano y el gañán de fundo, los cargadores de puerto y de ferrocarriles, los alcohólicos y las prostitutas, los homosexuales y los drogadictos, los presidios y los bajos fondos, todos ellos forman una legión de personajes que se mueven, viven y cumplen sus destinos a través de las páginas de una veintena de libros de todas las ramas de la literatura castellana. Todo ello con honradez, con calidad y con decencia.

El Ateneo "Oscar Castro" de Rancagua le rinde este homenaje a Don Manuel Rojas Sepúlveda, el ilustre erudito y benemérito Autodidacto